



CALIX DOMINI

José Miguel Ortega del Río

CALIX DOMINI



Primera edición: julio 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Miguel Ortega del Río

ISBN: 979-13-87814-68-7

ISBN digital: 979-13-87814-69-4

Depósito legal: M-15574-2025

Editorial Adarve

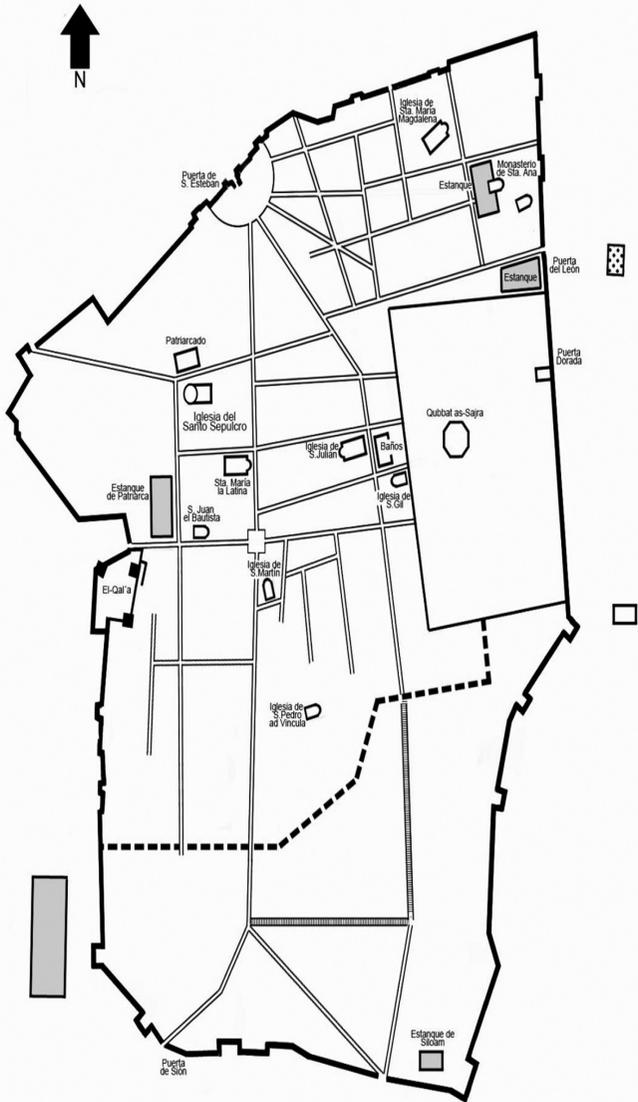
C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

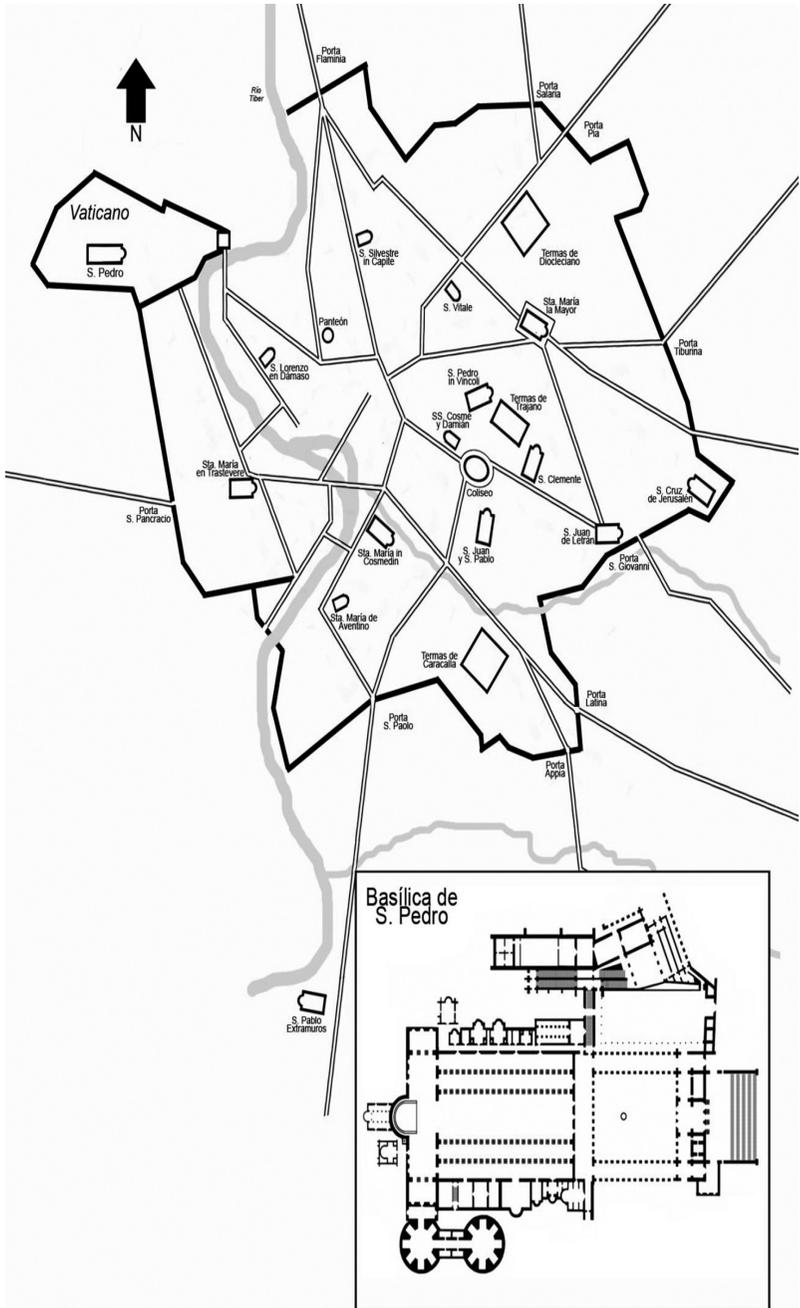
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

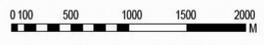


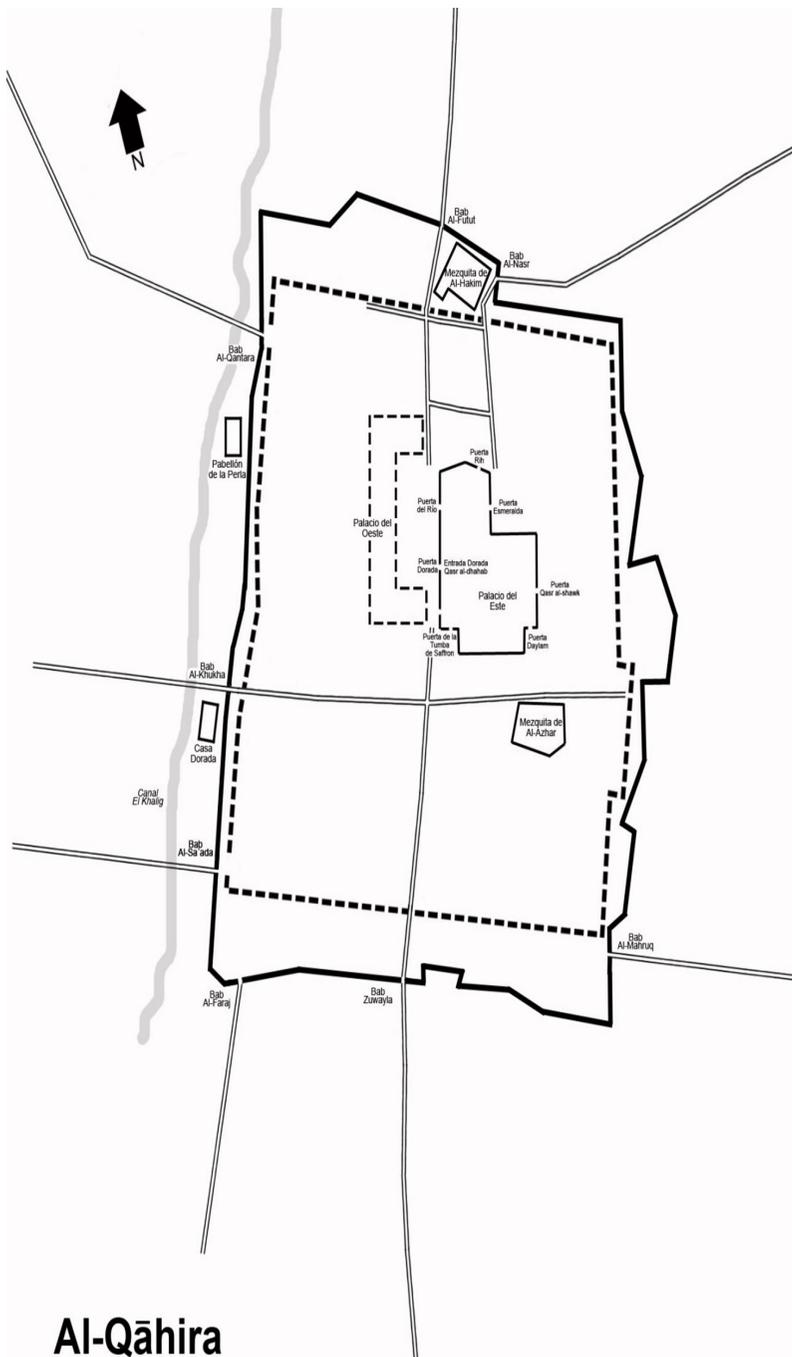
Hierosolyma





Roma





Al-Qāhira

0 50 150 250 350 M

ÍNDICE

Dramatis personae(por orden de aparición)	15
PARTE PRIMERA.....	19
I Laón, 29 de diciembre de 1071	21
II Civitate, 17 de junio de 1053.....	25
III Jerusalén, 20 de octubre de 1053	39
IV Roma, 14 de diciembre de 1053.....	47
V Jerusalén, 15 de diciembre de 1053.....	53
VI París, 2 de febrero de 1054	65
VII Jerusalén, 16 de febrero de 1054	75
VIII Cerca de Aquaputida, 27 de febrero de 1053	81
IX Piscaria, 14 de marzo de 1054.....	91
X El Cairo, 2 de abril de 1054.....	101
XI Constantinopla, 5 de abril de 1054.....	109
XII Roma, 28 de abril de 1054.....	119
XIII Constantinopla, 15 de julio de 1054.....	125
PARTE SEGUNDA.....	143
XIV Atapuerca, 1 de septiembre de 1054.....	145
XV Jerusalén, 24 de octubre de 1054.....	153
XVI Al-Qāhira, 13 de marzo de 1055.....	161

XVII Daniya, 24 de mayo de 1055.....	167
XVIII Hierosolyma, 15 de junio de 1055.....	173
XIX Constantinopla, 19 de junio de 1055	185
XX Hierosolyma, 17 de julio de 1055.....	197
XXI Al-Qāhira, 1 de agosto de 1055	205
XXII Hierosolyma, 15 de agosto de 1055.....	215
XXIII Hierosolyma, 17 de agosto de 1055.....	229
XXIV Al-Arīsh, 21 de agosto de 1055	239
XXV Florencia, 5 de octubre de 1055	245
XXVI Al-Qāhira, 23 de noviembre de 1055.....	251
PARTE TERCERA	259
XXVII Marsā Maṭrūḥ, 7 de enero de 1056	261
XXVIII Roma, 16 de enero de 1056.....	267
XXIX En algún lugar del Mediterráneo, 5 de febrero de 1056..	275
XXX Frente a las costas de Daniya, 23 de febrero de 1056	285
XXXI Daniya, 26 de febrero de 1056.....	289
XXXII Afueras de Roma, 28 de febrero de 1056.....	295
XXXIII Daniya, 28 de febrero de 1056	301
XXXIV San Miguel de Escalada, 3 de mayo de 1056	311
XXXV Daniya, 15 de mayo de 1056.....	319
XXXVI Cerca de Al-Basit, 22 de mayo de 1056.....	325
XXXVII Balat Humayd, 3 de junio de 1056	331
XXXVIII Simancas, 9 de junio de 1056.....	341
XXXIX León, 15 de junio de 1056.....	349
XL León, 22 de septiembre de 1056.....	355

Dramatis personae

(por orden de aparición)

- Metodio.- Hagiotaphite de la Basílica del Santo Sepulcro.
León IX.- Papa 152 de la Iglesia Católica entre 1049 y 1054.
Roberto Guisardo.- Noble normando, VI conde de Puglia y Calabria.
Ricardo Drengot.- Noble normando, conde de Aversa y príncipe de Capua.
Hunifredo de Altavilla.- el Abagelardo. Noble normando, V conde de Puglia y Calabria.
Rodolfo de Benevento.- Capitán suabo que dirigió las fuerzas papales en la Batalla de Civitate.
Gerardo de Lorena.- Conde de Alsacia y duque de Lorena.
Humberto de Silva Candida.- Cardenal franco, oriundo de Borgoña.
Federico de Lorena.- Canciller de los Estados Papales y futuro papa Esteban IX.
Gerardo de Buonalbergo.- Noble normando, conde de Ariano.
Nicéforo.- Hombre de confianza del Patriarca Sofronio II.
Sofronio II.- Patriarca de Hierosolyma.
Ágata.- Ni ella misma sabe lo que es.
Meral.- Peregrina de Canterbury.
Pedro de Amalfi.- Arzobispo y bibliotecario papal.
Al-Faiz.- Médico musulmán.
Hussein.- Astrónomo musulmán.
Wahb ibn Ishaq.- Funcionario fatimí.

Al-Hakam.- Filósofo y matemático musulmán.
Teófilo.- Guardián en la Basílica del Santo Sepulcro.
Elinand.- Obispo de Laón.
Luis.- Kamarling de la corte de Enrique I, rey de Francia.
Enrique I.- Rey de Francia entre 1031 y 1060.
Humbert de Vergy.- Obispo de París.
Bela.- Tercer *logothetes tou dromou* de la Administración bizantina.
Abu Tamīm Ma'add al-Mustansir bi-llah.- Octavo califa fatimí entre 1036 y 1094.
Abdur Rehman Yazuri.- Visir fatimí.
Dubay ibn Badis.- Agente fatimí.
Miguel Cerulario.- Patriarca de Constantinopla entre 1043 y 1058.
Constantino IX Monómaco.- Emperador de Bizancio entre 1042 y 1055.
Libuinus.- Subdiácono de Roma.
Cardenal Giovanni.- Arcipreste de la Basílica de San Pedro, en Roma.
Bonifacio.- Cardenal obispo de Albano.
Leone.- Cardenal de San Lorenzo in Damaso.
Fernando I.- Rey de León y conde de Castilla.
Diego Flaínez.- Caballero castellano.
Fáñez.- Capitán leonés y hombre de confianza del rey.
Cipriano.- Obispo de León.
Sisebuto.- Abad del Monasterio de San Pedro de Cardeña.
Flaín Fernández.- Conde leonés.
Fernando Gundemariz.- Conde leonés.
Cresconio.- Obispo de Santiago.
Dubay ibn Badis.- Agente fatimí.
Ali Iqbal al-Dawla.- Emir de Denia.
Abu Muhammad Hasan Abdur Rehman Yazuri.- Visir de Denia.
Aba 'Abd-Allah al-Qida'i.- Cadí y embajador fatimí.
Liutprando.- Jefe de la delegación comercial de Pisa en Constantinopla.
Miguel.- Funcionario bizantino.
Teodora Porfirogéneta.- Emperadora de Bizancio entre 1055 y 1056.

Theresa.- Madre de la chica enferma.

Alessio y Albano.- Mercaderes amalfitanos en Jerusalén.

Aloito.- Obispo de Mudio.

Victor II.- Papa 153 de la Iglesia católica entre 1055 y 1057.

Pedro Damian.- Cardenal Obispo de Ostia.

Mohammed Banu Aswad.- Miembro de la familia Banu Aswad.

Adif.-Secretario de Abu-lAsbag ibn Arqam.

Adulfo.- Monje de San Pablo Extramuros en Roma.

Macías.- Militar leonés.

PARTE PRIMERA

I

Laón, 29 de diciembre de 1071

El viento frío del norte se colaba entre los arcos del claustro de la catedral. Era un viento áspero, de los que al respirar te congelaba hasta los pulmones. Una figura doblaba la esquina mientras se afanaba en taparse con su ropa los pocos resquicios que le quedaban descubiertos.

—Siempre este frío —murmuró la figura—. Algún día me vuelvo y lo dejo todo.

Las campanas sonaban justo en el momento que terminaba de mascullar aquellas palabras. Era 29 de diciembre y la nieve en el exterior lo ocupaba todo. Normalmente, en estas fechas, la actividad se ralentizaba, pero hacía cuatro días que habían coronado al rey Felipe I entre estas mismas paredes y eso había obligado a variar muchas de las costumbres de la seo.

La figura entró en el refectorio justo en el momento que comenzaban a servir la comida. Entre la chimenea que allí había y los canónigos, la temperatura era más que aceptable, lo que provocó en el recién llegado un intenso dolor por toda la cara con el cambio.

—Metodio, llegas tarde —dijo uno de los comensales—. Date prisa si quieres comer algo de todo este banquete.

Como la coronación del rey había sido hacía pocos días y el obispo era una persona excelente cuando quería, había sobrado

comida para semanas. Una comida en la que no faltaba de nada, con abundancia de carnes exquisitas preparadas por los mejores cocineros de toda la región. Un banquete digno de un rey y de la inauguración de esta catedral.

El recién llegado ocupó su puesto en el refectorio a la vez que se frotaba la cara para recuperar el riego. Mientras esperaba a ser servido pudo observar cómo el resto de los canónigos —casi ochenta— comían desaforadamente la carne de venado especiada que había sobre la mesa corrida del comedor. Hacía varios días que no veía al obispo, su amigo, y las clases de griego, que daba a varios sobresalientes alumnos del *trivium et quadrivium*¹, y que tan famoso habían hecho a Laón, se habían suspendido.

—¿No quiere más? —preguntó sorprendido el sirviente mientras Metodio retiraba su cuenco con la mano derecha mientras mantenía la izquierda bajo la mesa.

—No, gracias —respondió fríamente.

Metodio no podía mover bien su brazo izquierdo. Hacía quince años de la herida en su hombro y nunca pudo recuperarse del todo. Además, el dolor era casi continuo, dolor que achacaba a la humedad de Laón. Se manejaba bien, no obstante, y casi estaba convencido de que la mayor parte de los canónigos no se habían percatado de aquello.

Acabó rápidamente su comida, frugal a los ojos del resto de los comensales, se levantó y se fue. Ya a nadie le extrañaba que acudiera de ciento en viento a las oraciones diarias y que, por el contrario, se le escuchara orar en su cámara. Pero eso de no saborear ese venado, eso era demasiado.

—Este griego está cada día más raro —comentó uno de los canónigos sin que Metodio se inmutara simulando no haberle oído.

Porque eso era precisamente lo que era: un griego. ¿O no? Hacía tiempo que había dejado de hacerse esas preguntas. Él, un or-

1 *Trivium et quadrivium* significa 'tres y cuatro vías o caminos', respectivamente y englobaban: gramática, dialéctica y retórica, y aritmética, geometría, astronomía y música.

todoxo, qué podía decir qué era. Él, un nacido en Hierosolyma o, como dicen aquí, en Jerusalén, ciudad bajo dominio musulmán, ¿qué era? Las gentes de occidente, los latinos, se referían a todos los ortodoxos como griegos, lo cual solucionaba bastante las posibles dudas de su procedencia.

—Imbécil —dijo entre dientes mientras salía del refectorio. Aunque su ánimo habitualmente no era tan malo, el dolor del hombro le estaba agriando el carácter, sobre todo en invierno—. Y ahora, encima, llueve. ¡Vaya día!

Pensó en decírselo al obispo, a su amigo Elliand, pero pronto se le pasaron las ganas. Sabía que les había dicho que era intocable, pero siempre había alguien que trataba de, por lo menos, incomodar. «Un ortodoxo en una catedral latina, un escándalo», dirán a sus espaldas. Pero el obispo es una persona inteligente que sabe llevar a los díscolos y, bajo su mandato, ha construido una hermosa catedral y Laón prospera a ojos vista. Muy difícil que alguien osara enfrentarse al obispo, y menos por él. Así que, al final, antes de quedar como un bicho raro, algo que, con lo vivido, no es de extrañar.

Del refectorio giró a su derecha, acelerando el paso mientras volvía a taparse como buenamente podía. Quería llegar cuanto antes a la biblioteca. Allí, a uno de los lados, en el lugar que debía ocupar una mesa que, por unas humedades, estaba vacío, había una ventana desde la que se podía ver toda la inmensidad de la campiña de Laón. Ese era su lugar preferido, desde podía perder la vista en la inmensidad a cinco o seis leguas.

«La verdad es que no me extraña que las gentes del pueblo llamen a esta catedral la colina coronada», pensó mientras se acomodaba contemplando el paisaje. Y fue allí, mientras resonaba el repiqueteo de las gotas sobre las piedras, cuando su mente se trasladó a lugares más lejanos en los que su vida era muy distinta y ella, siempre ella, estaba con él. Y pudo recordar la serie de acontecimientos que había hecho que su forma de ser, de pensar y de sentir se viera transformada.

II

Civitave, 17 de junio de 1053

El rostro del normando era impasible, frío, duro como el acero del que estaba hecha su espada. Llevaba horas tratando de negociar con uno de los hombres más poderosos del mundo conocido una salida a la situación que se había creado. Pero León IX, el papa, parecía que no tenía ninguna gana de llegar a algo positivo.

—Esto es lo hay —sentenció León IX mientras observaba como un sirviente recogía un gran mapa de la península itálica de la mesa.

—Debo consultar —respondió el negociador normando mientras se levantaba a la vez que hacía una leve reverencia. Al salir de la tienda del papa de Roma pudo recobrar su espada y, mientras pasaba sus fuertes dedos por los gabilanes de la misma, gritó en alto a los diez jinetes que le habían acompañado.

—¡Rápido, nos vamos!

Los jinetes, que esperaban cerca de la tienda rodeados de no menos de cuarenta hombres del papa fuertemente armados, montaron de forma casi inmediata sobre sus caballos. Era junio y la temperatura, a pesar de que ya estaba anocheciendo, era aceptable. Las órdenes eran claras: «Si no hay acuerdo, debes volver lo más rápido posible», le había dicho Roberto Guisardo. Los once caballos salieron del campamento en dirección al norte para dar un rodeo y no tener que atravesar las fuerzas papales. Así, tras vadear un pe-

queño arroyo, enfilaron hacia su campamento mientras la luz de las antorchas iluminaban sus azules escudos recorridos por una franja de ajedrezado rojo y blanco, los colores de la casa de Altavilla.

—Debe ser ya, no podemos esperar más —decía Ricardo Drengot en el centro de la tienda mientras Hunifredo de Altavilla y su hermanastro Roberto Guisardo le observaban gesticular. En ese momento, el negociador que se había sentado frente León IX entró.

—Nada —comenzó—. Me debe creer un tonto del culo. Habla, habla y habla, pero no dice nada —siguió.

—Pues entonces, así sea —respondió Hunifredo de Altavilla mientras se levantaba—. Ya sabéis lo que hay que hacer. Esta va a ser una noche larga para nosotros, pero más larga será la mañana para esos romanos.

Minutos después, tras haber dado Ricardo Drengot unas órdenes a la guardia, los capitanes de los diversos cuerpos entraron en la tienda. No era normal que tan tarde les llamaran, por lo que algo importante se estaba cociendo.

—Señores —dijo Hunifredo de Altavilla—, por nuestra parte hemos dado por rotas las negociaciones que desde hace unos días manteníamos con el papa. Claramente, está tratando de ganar tiempo para reunir sus fuerzas con las de los griegos. Nuestros espías nos han informado de que Argiro quiere llegar con esas fuerzas a Siponto².

Hizo un breve silencio, esperando que sus capitanes se dieran cuenta de la situación en la que se encontraban. Si las fuerzas bizantinas conseguían reunirse con las papales, la derrota sería segura.

—No os voy a engañar —gritó enérgicamente—. Ellos son más, pero nosotros somos mejores. Sí, casi nos doblan, pero un guerrero normando vale por tres de esa banda que tenemos enfrente. Ya sabéis lo que hay que hacer. Recordadlo, es importante seguir las instrucciones tal y como os las hemos contado. Ya sé que estamos escasos de provisiones, pero esta noche dad de cenar

2 Antigua localidad de la región de Apulia (Italia).

fuerte a vuestros hombres, aunque nada de vino. Mañana, si todos hacemos lo que tenemos que hacer, nos reaprovisionaremos en la misma mesa del papa. Lo prometo.

Los soldados que estaban en el exterior entraron en la tienda, con la mano en la empuñadura de sus espadas, al oír los gritos y la algarabía que de pronto habían roto la tranquilidad del campamento. Sorprendidos, vieron como sus capitanes se abrazaban y daban golpes en la espalda animándose. Hunifredo de Altavilla miró esbozando una leve sonrisa a Ricardo y a Roberto.

Por el contrario, en la tienda papal reinaba la tranquilidad. Los asesores de León IX, varios obispos y sirvientes, le habían dejado a solas con las cuatro personas en las que más confiaba en aquellos momentos: los dos capitanes de su fuerzas, Rodolfo de Benevento y Gerardo de Lorena, y sus amigos el cardenal Humberto de Silva Candida y el canciller Federico de Lorena.

—La verdad es que no ha ido mal —comentaba Gerardo de Lorena mientras se servía vino en su copa—, pero creo que deberíamos acabar con esto de una vez por todas. Casi doblamos a sus fuerzas.

León IX miró condescendiente a su interlocutor.

—No has entendido nada, mi querido Gerardo. Efectivamente, tenemos suficientes tropas como para vencer en esta batalla, pero ese no es el objetivo. Estamos esperando a los griegos y, por eso, estoy alargando innecesariamente estas conversaciones, para acabar de una vez por todas con los normandos. Yo no quiero ganar esta batalla, quiero exterminar de esta tierra cualquier atisbo normando. Quiero que nunca jamás vuelva a verse a un guerrero, a una mujer o a un niño normando. Talaré hasta los árboles que hayan plantado. Por eso estamos esperando, no para ganar una batalla; estamos esperando para que la sangre normanda riegue de tal manera la tierra que durante siglos se recuerde este momento y no haya ni un solo normando, ni el más loco de ellos, que quiera acercarse a estas tierras.

Rodolfo de Benevento y Gerardo de Lorena miraron serios a León IX. Ellos también estaban convencidos de la victoria. Se ha-

bían reunido 6000 hombres entre caballería e infantería. Allí estaban las tropas de los Estados Papales, los 700 infantes suabos que le había cedido el emperador Enrique III, los condes de Aquino y Teano, el arzobispo y los ciudadanos de Amalfi, más los llegados de Apulia, Molise, Campania, Abruzzo y el Lacio. Una fuerza más que suficiente para enfrentarse a los normandos, que malamente podían llegar a los 3500 soldados.

—Pero no sé si los griegos son del todo de fiar —espetó Humberto mientras dejaba su copa sobre un taburete.

León IX le miró con detenimiento. Debía tener no más de cuarenta años, era fuerte y llevaba el pelo muy corto para la costumbre de la época; le daba un aspecto más fiero al contrastar con su poblada barba. Sus ojos, pequeños y negros, confrontaban con el tamaño de la cabeza.

—Humberto, no me tomes por un simple —dijo el papa—. De los griegos nos tenemos que fiar lo que nos tenemos que fiar, ni más ni menos. Ya sé, igual que tú, que antes trataron de comprar la voluntad normanda e incluirlos como mercenarios en su ejército y que solo ante su negativa estuvieron dispuestos a aliarse con nosotros. El capitán de los griegos aquí, Argiro, nos tiene tanto odio como miedo de los normandos, pero ahora les necesitamos. Ya veremos después qué hacemos.

Federico de Lorena, pensativo, no quiso decir nada. Su vista se fijó en un pequeño salero que, sobre la mesa, estaba tumbado con su contenido derramado. La noche fue avanzando mientras los cuatro iban cerrando asuntos de la futura batalla. Como el enemigo estaba en las proximidades, al otro lado de una pequeña y suave colina, las fuerzas ya estaban dispuestas en el orden en que entrarían en combate. Los caballeros suabos, que podían luchar a pie o a caballo, ocuparon la posición central, extendiéndose en una delgada línea hacia la derecha de la formación. A la izquierda, bajo el mando directo de Rodolfo de Benevento y Gerardo de Lorena, se reunió una amalgama de soldados lombardos junto a los llegados de Roma, Apulia, Molise, Campania, Abruzzo y el Lacio. A

estos había que sumar algunos bizantinos de avanzadilla y gentes de Gaeta, Teano, Amalfi, Spoleto y Ancona. Tras ellos, Civitate, con su fortaleza, y una suave bajada por una ladera con terrazas hasta el puente romano que atravesaba el río Fortore, por el que pasaba el camino de Termoli a Siponto que bordeaba la formación por su derecha.

Mientras, ya en aquella noche cerrada, la actividad era total en el campamento normando. Tras una contundente cena y un ligero sueño, todos estaban preparados para el combate. Los tres grandes grupos estaban acabando de formarse en aquella llanura débilmente iluminada por una luna que ya había pasado de cuarto menguante. Los tres grupos eran claramente identificables. Hunifredo de Altavilla ocuparía el centro con la infantería, algunos caballeros desmontados y los arqueros. Su hermanastro Roberto Guisardo estaría a su izquierda, con caballería y la infantería eslava, mientras que Ricardo Drengot tendría la caballería pesada a la derecha del contingente. La disposición, con mucha diferencia entre los tres grupos en cuanto a sus capacidades y características, permitía un gran juego durante la batalla. Los tres capitanes podían decidir el uso de cualquiera dependiendo del momento de la misma. No obstante, se corría un gran riesgo, ya que, dada la especialización, si alguna de las tres formaciones fallara durante la contienda, podría poner en serio peligro a las otras dos.

Aún era de noche y todo estaba preparado. Son esos momentos, cuando aún falta para que comience la batalla, pero ya se ha llegado a un punto en el que esta es ineludible, siempre especiales. Es el tiempo del grupo. Saber que la sangre del que tienes al lado te salpicará en unas horas crea lazos extraños. En silencio, revisan su equipo. Los más experimentados se calzan firmemente las botas y los más jóvenes siguen con atención el ritual de los mayores, se calan los yelmos cónicos pintados de los colores de sus capitanes mientras se atan bajo la barbilla las tiras de cuero que los sujetan. Los caballos ya perciben que pronto será la batalla y se muestran agitados. Trabajo doble el de los jinetes, que tienen que tranquilizarlos.

Según va pasando el tiempo, el nivel de adrenalina aumenta. Este es el momento personal. A algunos, los sentidos se les agudizan y, de pronto, comienzan a percibir cosas que hace unos minutos no hubieran ni soñado: una rapaz volando en la lejanía, el ruido de dos escudos que chocan o el frescor del rocío de la mañana próxima. Comienza el olor al miedo, porque el miedo huele. Los más inexpertos empiezan a notar los efectos de esa adrenalina. Los esfínteres dejan de funcionar y los excrementos comienzan a caer sin control. El corazón bombea más sangre a los músculos y las venas se hinchan. Son instantes en los que crece la confianza y el cuerpo parece ensancharse capaz de todo. De pronto, todo eso desaparece. El capitán se aproxima a la cabecera del grupo. Todos callan.

Ricardo Drengot fue el primero que se movió con su caballería pesada. Lentamente, sin hacer demasiado ruido, fue avanzando por los límites de la pequeña colina que les separaba de las fuerzas papales. Pronto amanecería, pero el sol saldría casi por sus espaldas.

En el campamento papal todo eran nervios. Hacía más de una hora que dos ojeadores suabos habían avisado de los preparativos normandos. Todos trataban de organizar sus unidades. Las fuerzas de los Estados papales no habían tenido problemas en adquirir la posición de combate, pero el resto de los aliados italianos y lombardos parecían cualquier cosa menos un grupo preparado para la batalla. Rodolfo de Benevento y Gerardo de Lorena trataban, desgañitándose, de ordenar aquel caos ayudados por el conde Randuisio, que acababa de llegar con el estandarte papal. León IX se había quedado al abrigo de las murallas de Civitate, pero quería, con la entrega del estandarte, que todos supieran que estaba allí con ellos.

Los caballeros de Ricardo habían rodeado ya la colina y aumentaban su velocidad paralelos al río. Apretando los dientes, espoleaban a sus caballos mientras cada vez agarraban más firmemente sus escudos y lanzas. Comenzaba a amanecer el día 18 de junio de 1053.

Un ruido sordo, seco y en aumento dejó helados a los infantes y caballeros del papa que trataban de formar. Como guiados por una mano invisible, todos, sin excepción, dirigieron su mirada hacia un sol que comenzaba a aparecer en la lejanía. De pronto, bajó él, primero una difusa sombra que, en cuestión de segundos, se convirtió en un bloque compacto de más de mil jinetes normandos cargando sobre ellos.

—¡Dios tenga piedad de nosotros! —acertó a mascullar un infante romano.

La huida fue total. A pesar de los intentos de Rodolfo de Benevento y Gerardo de Lorena por mantener una línea defensiva ante los normandos, el desastre era general. Todos trataban de salvar sus vidas a la carrera, tirando algunos sus escudos y armas en un vano intento de poder correr más deprisa. Incluso las tropas de los Estados papales, más dispuestas para la batalla, ante el desconcierto generado por sus aliados, hicieron lo mismo que estos. La caballería normanda atravesó las ya inexistentes líneas defensivas enemigas sin resistencia alguna.

—¡Sin tregua! —gritaba Ricardo—. ¡Hay que perseguirlos y acabar con ellos! —seguía mientras detenía brevemente su caballo para poder ver mejor la sorprendente situación.

Los suabos, por su parte, formados para la batalla, avanzaron hacia la colina que les separaba de los normandos. Hunifredo de Altavilla hizo lo propio. Cuando aún no había llegado a la cima, ambos grupos lanzaron varias andanadas de flechas.

—Cubríos —ordenaba Hunifredo—. No quiero bajas hasta llegar a ellos.

Los contendientes se encontraron cerca de la cima. El choque fue estruendoso: el golpear de las lanzas contra los escudos, cómo estas se partían en mil astillas y seguía la lucha con la espada, los gritos de un suabo que acababa de recibir un certero golpe de hacha o un normando que trataba inútilmente de parar la hemorragia que su cota de malla no había podido evitar.

El derroche de fuerza era formidable. La verdadera batalla se estaba decidiendo allí. Hunifredo intentó en varias ocasiones, fran-

quear las defensas suabas, pero le fue imposible. De hecho, lejos de hacer retroceder al enemigo, los normandos parecían flaquear en algunos puntos. Roberto Guisardo, que permanecía en la retaguardia sin entrar en combate con la caballería y la infantería eslava, se dio cuenta de las dificultades de su hermanastro.

—¡Ahora! —gritó mientras espoleaba su cabalgadura.

El grupo ascendió la colina para unirse al combate, lo que supuso un enorme alivio para Hunifredo. Habían salvado sus vidas por la disciplina que había mostrado la línea normanda y ahora era el momento de desequilibrar las cosas. Roberto Guisardo, junto a Gerardo de Buonalbergo y otros nobles calabreses entraron como una exhalación en combate. Era difícil mantenerse en pie, pisando los cuerpos de combatientes caídos, por lo que las cargas cada vez eran menos efectivas. Ahora empezaba a ser una lucha sin cuartel, en muchos casos individual. El rojo de la sangre, mezclado con el polvo, lo salpicaba todo.

Roberto Guisardo era como un vendaval. Los suabos, sabedores de quién era, trataron de liquidarlo. Hasta en tres ocasiones lo descabalgaron y en las tres volvió a subirse a la grupa de su caballo para seguir la lucha. Sus hombres, enfervorizados ante la demostración de coraje y pundonor de su capitán, arreciaron en el combate.

En medio del fragor de la batalla, volvió a oírse un ruido sordo, seco, que aumentaba según pasaban los segundos. La caballería de Ricardo Drengot volvía después de haber llevado a cabo una auténtica carnicería sobre las tropas papales, italianos y lombardos que habían intentado huir de su carga. Muchos, alanceados por la espalda, yacían en la tierra. Otros habían intentado vadear el Fortore, pero, con el peso de sus armaduras, habían perecido ahogados. Los menos habían conseguido atravesar el río por el puente romano o llegar a la fortaleza de Civitate, desde donde veían, el papa incluido, como el desastre total era inevitable.

—Esto se acabó —masculló entre dientes León IX el ver a la caballería pesada normanda cargar contra la retaguardia suaba.

En final fue corto, sangriento pero corto. Los suabos, atrapados entre dos frentes, poco pudieron hacer, salvo ser objetivos de las armas normandas. En pocas horas, las fuerzas de la coalición habían perecido ante los normandos.

—Quiero patrullas que acaben con los que se resistan —ordenó Ricardo mientras envainaba la espada. —Si es necesario, que atraviesen el río y sigan el camino hacia Termoli.

—¡Gran victoria, grandísima victoria! —le decía Roberto mientras descabalgaba a su lado y se fundían en un abrazo que fue coreado por todos sus hombres que les rodeaban.

—Señores, el señor Hunifredo les conmina a que acudan a la tienda del papa —les dijo un guerrero mientras trataba de recolocarse la cota sobre su cabeza.

—¿Qué diantres...? —contestó Ricardo.

Ambos se dirigieron hacia la tienda papal, que estaba a escasos doscientos pasos de las murallas de Civitate. El breve recorrido sirvió para que ambos pudieran ver la magnitud de la victoria, mientras algunos normandos se encargaban de rematar a los heridos que agonizaban en el campo de batalla. Al menos dos terceras partes de las fuerzas papales habían perecido en aquella colina, que se había convertido en un inmenso mar rojo.

Muerte, el cuarto de los jinetes, había vuelto a vencer sobre la tierra. Sobre su caballo, con el Hades tras él, se había llevado su premio en vidas. Para el que lo acompañara, el Apocalipsis ya había comenzado. Daba igual que perteneciera a los vencedores o a los perdedores, en cuestión de rivales, Muerte nunca hace distinciones. Allí, en aquella colina y en todo el terreno que llegaba hasta el río, cientos y cientos de cadáveres ya no reían, tan solo esperaban que el jinete del caballo ceniciento les llevara con él.

Roberto recorrió la tela de la entrada y pasó seguido de Ricardo. Tras acostumbrar los ojos a la tenue luz del interior, pudieron ver a Hunifredo sentado en la silla del papa, bebiendo vino y con los pies sobre la mesa, mientras de su espada goteaba un líquido espeso y rojo.

—Ya os dije que hoy nos reaprovisionáramos en la mesa del papa, ¿no? —. Y rompieron a reír como nunca lo habían hecho.

En Civitate todo estaba en silencio, salvo los quejidos de los pocos heridos que habían conseguido refugiarse en sus murallas. El papa había ordenado que le dejaran solo en una habitación de la fortaleza en compañía de Humberto de Silva Candida y Federico de Lorena, mientras que, por las calles, las buenas gentes de Civitate cuchicheaban al oído.

—No podremos aguantar a esos normandos. Nos masacrarán —decía uno.

—Debemos tratar de llegar a un acuerdo con ellos o esto será nuestro fin —le respondía otro.

León IX sabía perfectamente a qué se enfrentaba. Se había quedado en la fortaleza con menos de cuarenta hombres de los Estados papales a sus órdenes. El resto, o eran locales, o miembros de la coalición. El simple hecho de que los capitanes normandos hubieran entrado en su tienda y nadie, absolutamente nadie, hubiera hecho un simple gesto de lanzar una flecha sobre ellos era claro. Había miedo, había terror, y eso estaba en su contra.

Gerardo de Lorena había sido hecho prisionero cuando sus hombres, en su huida, le habían dejado solo. Los tres capitanes normandos estaban sentados ante él.

—Estas son las condiciones: Civitate será respetada y el papa y tú seréis nuestros prisioneros. Tú, en unos pocos meses, podrás volver a Lorena si juras solemnemente que nunca volverás a luchar contra nosotros. El papa, en cuanto se avenga a dejarnos en paz y a reconocer nuestra autoridad, podrá volver a Roma —dijo Hunifredo mientras hacía un gesto con la mano para dar por zanjado el tema.

Gerardo, a pie y desarmado, llegó hasta las puertas de Civitate, que le fueron abiertas. De forma inmediata se reunió con León IX, que escuchó en silencio lo que el duque de Lorena había venido a transmitir.

—Sea —respondió León IX mientras se levantaba de su asiento—. Me temo que si permanezco aquí mucho más tiempo me van a acabar tirando desde la muralla — concluyó.

Horas después, el papa salía de Civitate seguido de Gerardo de Lorena y Humberto de Silva Candida y Federico de Lorena. A poca distancia, Hunifredo de Altavilla, Roberto Guisardo y Ricardo Drengot esperaban con todos sus hombres y sus pendones al viento tras ellos. León IX jugueteaba nerviosamente con su anillo mientras se acercaba a ellos. Nunca podía saber qué pasaría por la cabeza de un normando, pensaba. Lo que ocurrió no se lo podía esperar.

Los tres capitanes, ceremoniosamente, se adelantaron, se arrojaron ante él y cubrieron con profusión de besos su anillo mientras los ojos de León IX se abrían al máximo, no dando crédito a lo que veía.

—Imploramos tu perdón, Episcopus Romanus. Nunca hemos querido ningún mal hacia ti —se arrancó Hunifredo mientras León IX trataba de decir algo.

—Creemos que has sido mal aconsejado u, lo que es peor, obligado a atacarnos en nuestra tierra. Por eso, a partir de este momento, seréis nuestro protegido y viajaréis, junto a Gerardo de Lorena, a la fortaleza de Benevento, donde gozaréis de nuestra hospitalidad —concluyó el capitán normando.

El papa prefirió no decir nada. Miró en rededor viendo una lujosa carreta con las ventanas cerradas con hierros forjados y la puerta abierta con un sirviente a sus pies.

La maniobra normanda se había mostrado al fin y León IX, un hombre bregado en mil conflictos, sabía que poco o nada podía hacer. Primero, los normandos habían elegido una arriesgada batalla, pero habían evitado una aún más arriesgada confrontación si hubieran llegado las tropas bizantinas. Su forma de luchar y el poder de sus arqueros y de su caballería habían quedado patentes ante unas fuerzas papales que habían cometido el mayor error que se puede hacer: subestimar al rival. Así, con la connivencia de unos habitantes de Civitate que horas antes estaban frotándose las manos pensando en saquear los restos del ejército normando, habían capturado al mismísimo papa. Una insólita situación. Y como la si-

tuación era insólita, la solución no podía serlo menos y, ante la sorpresa general, los tres capitanes imploraron el perdón papal. ¿Qué podía hacer? ¿Negárselo? De esa manera, los normandos habían conseguido múltiples beneficios. Por un lado, su victoria militar inapelable les daba un margen de tranquilidad notable y sabían que los territorios al norte de sus conquistas en la península itálica no iban a intentar otra aventura en años. Su petición inmediata de perdón a León IX, una petición no exenta de cierto grado de perfidia, conseguía, además, desactivar de alguna manera los posibles intentos de venganza que contra ellos pudiese haber. Los tres capitanes eran perfectamente conscientes de que acababan de masacrar a mil infantes suabos enviados por el mismísimo emperador y, aunque era improbable que este lanzara una expedición de castigo contra ellos, eran sabedores de los coléricos arranques del rey de reyes.

El papa sopesó durante unos instantes la situación, haciendo balance de lo sucedido, de sus escasas o nulas posibilidades. Todo esto cuando lo único que se podía ver a escasos metros eran los montones hechos con los cadáveres, principalmente de sus hombres. Les hizo un signo a Gerardo, Humberto y Federico, y subieron a la carreta rumbo a Benevento, su prisión. Cuando enfiló la carretera hacia Siponto, notó un fuerte dolor en el pecho. No era un dolor del cuerpo, era un dolor del alma. De pronto, las vidas cercenadas de sus hombres, el peso de la mitra de san Pedro, la historia, cayeron a plomo sobre su cabeza. Él, el papa 152 de la Iglesia, el hombre que dirigía de alguna manera la vida de millones y millones de personas a través de la religión, se sentía pequeñito, solo, abandonado a su suerte en aquella carreta con las ventanas cerradas con hierros.

Gerardo, con el que hace unas horas hablaba tranquilamente en su tienda sobre el futuro desarrollo de la batalla cuando llegaran los bizantinos, quiso decir algo, pero su garganta se negó a emitir sonido alguno. Mejor, cualquier cosa hubiera sido banal y en esas situaciones un silencio es el mejor de los comentarios. En su pesadumbre, León incluso creyó oír, apesadumbrado, miles de risas

tras ellos. Era el punto final al peor día de su existencia. Al peor día en muchas existencias de los sucesores de san Pedro. El papa era prisionero de los normandos.

